

tusiasmo, entre las aclamaciones de *viva el rey*, *viva Carlos V.* Desde aquel momento hasta que D. Carlos se hizo dueño de las provincias, la conducta de los habitantes de ellas fue superior á todo elogio, proporcionándole medios de librarse siempre de las activas persecuciones de los generales cristinos, sin embargo de que el auxilio que daban á D. Carlos no carecia de peligros, pues algunos fueron víctimas del afecto que profesaban á su persona.

He creído que debía entrar en estos pormenores, para manifestar cuál era el verdadero objeto de la insurrección de los vascongados y navarros; ahora voy á decir algunas palabras acerca de Guipúzcoa, en razón á que sus batallones tomaron una parte muy activa en los últimos acontecimientos.

Es indudable que las cargas que pesaban sobre el pueblo en las provincias por efecto de la guerra eran gravísimas, y que su consecuencia natural era la de padecer privaciones sin número, mas sin embargo estas privaciones no eran suficientes para abatir su noble valor.

Muchas tentativas se hicieron desde 1835 por el gobierno de Madrid para seducir á los valientes voluntarios de Guipúzcoa, pero siempre inútilmente, y el coronel inglés Wylde tomó muchas veces parte en ellas, aunque siempre fue rechazado con indignación. El levantamiento de la bandera de Muñagorri fue una de las invenciones del tal coronel Wylde, el cual

y sus agentes prometieron maravillas á los gobiernos inglés y español, diciéndoles que como no faltase dinero, toda la población de las provincias vascongadas correría á colocarse bajo la bandera de *paz y fueros*. Habiendo conseguido ponerse en correspondencia con Iturbe, se creyó Wylde tan seguro del buen éxito, que escribió á lord John Hay que todos los batallones de las provincias estaban dispuestos á abandonar la causa de D. Carlos. Lord John Hay, como hombre prudente, quiso cerciorarse por sí mismo de la verdad de tales asertos, y con este objeto envió un mensaje al general Iturriza, comandante general de Guipúzcoa, manifestándole el deseo de tener una conferencia con él. Iturriza, que se hallaba enfermo, envió en su lugar á Pasages al brigadier Alzáa, su gefe de estado mayor, acompañado de Iturbe y de un intérprete, los cuales al llegar á Pasages encontraron allí á lord John Hay, que traía consigo á M. Queheille, comerciante de San Sebastian, para que le sirviese de intérprete.

Los gefes carlistas habian creído que lord John Hay deseaba entrar en algun arreglo para la ejecución del tratado de Elliot, mas al momento que su señoría citó el nombre de Muñagorri, interrumpió Alzáa la conferencia, diciéndole: «que él estaba sinceramente unido á su soberano, que tanto él como sus soldados estaban seguros del triunfo de la causa que defendian, y que se hallaban resueltos á sostener-

la hasta el último extremo,» con lo cual los gefes carlistas se volvieron á Andoain.

Desde aquel momento perdió Muñagorri todo el prestigio que habia adquirido en el ánimo de lord John Hay, y aunque por obediencia á las órdenes de lord Palmerston, tuvo que suministrarle armas, artillería y municiones, no volvió á tener la menor confianza en aquella famosa empresa, que vino á ser un objeto de risa para todos los partidos. Si los vascongados no se hubiesen levantado sino para conservar sus fueros, ¿hubieran desperdiciado esta ocasion de asegurarlos sin pelear mas tiempo? (\*). No, sin duda, pues, con la poderosa proteccion de lord John Hay y de lord Palmerston, hubieran podido facilmente obtener las convenientes garantías; pero lejos de eso manifestaron en aquella ocasion que su afecto á D. Carlos era tan fuerte y sincero como habia sido siempre.

Despues que falló la tentativa de Muñagorri, Iturbé auxiliado por su hermano, que residia en San Sebastian, continuó sus intrigas para introducir la corrupcion en los batallones; se repartia dinero á los soldados, y se les acostumbraba á oír constantemente «que era imposible acabar la guerra por la fuerza de las armas; que era inutil derramar mas sangre española; que

(\*) Ya hemos dicho que esta era una de las causas, pero no la única.

si los vascongados pudiesen conservar sus fueros y obtener una paz honrosa seria una locura el continuar la guerra etc, etc.» (\*)

Quando los instrumentos de Maroto, Iturriaga é Iturbé vieron que los voluntarios escuchaban sin ira estas observaciones, empezaron á decir que el mismo D. Carlos estaba convencido de la necesidad de hacer una transaccion para terminar la guerra, sin lo cual seria esta eterna, y que con este fin habia autorizado á Maroto para que se pusiese de acuerdo con Espartero, pero que jamas se faltaria á los principios en cuya defensa habian tomado las armas los vascongados. Estas maniobras produjeron el efecto que se deseaba; los batallones se hicieron transaccionistas, y los soldados miraron como enemigos de D. Carlos, y desobedientes á su voluntad, á todos los que quisieron esplicarles la conducta de Maroto.

El pasage siguiente, extractado de un folleto publicado por M. A. Mareley, capitan adicto al estado mayor de la division castellana, y

(\*) Esta es una nueva prueba de que esos pueblos que, segun el autor, solo peleaban por afecto á don Carlos, empezaron á ceder de su defensa luego que hubo personas que tomaron á su cargo ir destruyendo el fanatismo que otros les habian inspirado, y hacerles conocer sus verdaderos intereses, desengañándoles al mismo tiempo de que con el regimen constitucional no peligraba la religion de sus padres, á que tan afectas son aquellas religiosas provincias.

ayudante de campo de Urbistondo, manifiesta los medios que fue necesario emplear, aun despues de todas estas maniobras preparatorias, para obligar á los valientes guipuzcoanos á que se uniesen á Espartero, siendo de advertir que no puede ponerse en duda ni un solo instante el testimonio de M. Marcleý, porque este oficial era partidario decidido de una transaccion.

En la noche del 30 al 31 de agosto, dice, los guipuzcoanos recibieron de Iturriaga la orden de separarse de Maroto, que queria entregarlos bajo condiciones vergonzosas, mandándoles al mismo tiempo que vinieran á reunirse al resto de la division. Indeciso Iturbe, anunció á Maroto que sus batallones querian ir á reunirse á la division, con la cual estaban de acuerdo, y que se veia obligado á ceder, porque principalmente las compañías de preferencia se negaban á continuar la marcha. Maroto envió un ayudante de estado mayor general á responder á Iturbe y tranquilizar á los batallones; mas halló á estos en el mayor desorden y confusion, y no pudo encontrar al brigadier, ni conseguir que le oyesen, y los vió desfilar hácia la parte opuesta.

« Volvióse el ayudante, y á la bajada del puerto encontró á Iturbe, á quien dijo lo que pasaba, é Iturbe corrió hácia los batallones, pero sin decirle con qué intencion. Despues se ha dicho que aquella tarde escribió al rey asegurándole de la sumision de su brigada, pero escribió

otra cosa á Urbistondo, el cual alarmado, se dirigió inmediatamente á Vergara donde se hallaba Maroto, y al marchar dejó ordenado terminantemente que se tomasen todas las medidas necesarias para impedir que se propagase el movimiento de los guipuzcoanos.

« Sin embargo, no fue posible ocultarle absolutamente, y los gefes y oficiales viendo que no tenian á su cabeza á ninguno de los generales en quienes habian colocado su confianza, resolvieron ir á ocupar la posicion de Descarga, y tomar allí una determinacion decisiva.

« La situacion de aquellos oficiales era á la verdad muy triste y crítica, pues estaban convencidos de que su rey les creia traidores: se veian amenazados por la espalda por las bayonetas de los navarros, se esponian á perder la ocasion de contribuir al bien de su pais, y sin embargo su honor no les permitia que abandonasen á sus compañeros de armas, y la causa porque habian peleado seis años enteros. El tratado podia conciliarlo todo, pero nada conocian todavía de él, sino el modo poco noble con que se habia hecho. ¡ Desgraciados oficiales! ¡ Yo les ví entonces invocar mil veces la muerte y maldecir su suerte que les habia conservado la vida, en medio de tantos combates, fatigas y peligros!

« Entregada á estas agitaciones subia el puerto la columna, cuando llegó Urbistondo á galope. A su voz que mandaba cambiar la direc-

cion de la columna, las tropas ejecutaron el movimiento en silencio, y con tanta exactitud como si hubiesen estado en una parada; tal era la admirable subordinacion de la tropa y el influjo que ejercia el general en los soldados.

« Al fin entró en Vergara la columna castellana, y en seguida Iturbe con sus batallones. Espartero les arengó, abrazó á Maroto, y gritó: *viva la paz; viva la union de los españoles; viva Isabel II.* A los dos primeros gritos respondieron con entusiasmo los voluntarios, pero al tercero se miraron sorprendidos, y guardaron silencio.

« Admiramos entonces verdaderamente la disciplina del ejército de Espartero, y la cordialidad y urbanidad con que nos abrazó á todos. Aquel mismo dia entró en Vergara la division vizcaina, y despues la de Guipúzcoa; la primera completa, pero la última casi sin oficiales.»

Tal era el estado de la opinio en la division de Guipúzcoa; veamos ahora cuál era la del pueblo. Para llegar á conocerla exactamente tenemos dos medios: 1.º la conducta de los representantes de la provincia; 2.º la de la guardia real, compuesta de los hijos de las familias mas influyentes de las provincias. (\*)

(\*) Hay otro medio mas seguro é infalible de conocer la opinion de la generalidad de los pueblos que

¿ Qué han hecho los representantes del pueblo, los individuos de la diputacion de Guipúzcoa? A pesar de que todos son ricos propietarios, ¿han aceptado la oferta de la conservacion de sus fueros, y abandonado la causa de D. Carlos? No. El duque de Granada de Ega, presidente de la diputacion, D. Pablo Ortiz, don Juan Antonio Elzaurdi, D. Francisco Legorburu, y D. Francisco Eznarizaga, todos se han refugiado en Francia; y el único individuo de la corporacion que se ha sometido á los cristinos ha sido D. Domingo Zumalacarregui.

Los guipuzcoanos, navarros, alaveses y vizcainos de la guardia real ¿han abandonado á don Carlos? No. Aquellos valientes jóvenes le han acompañado á Francia, y están actualmente en los depósitos. Pues si sus padres, que pertenecen á la parte mas respetable de la poblacion de las provincias, hubiesen sido partidarios del convenio de Vergara, los hijos no estarian hoy emigrados en pais extranjero.

La mayor parte de los oficiales de la division de Guipúzcoa, casi todos naturales de la provincia, ¿aceptaron ese convenio? No; sino que faltos de todo han ido á buscar refugio en Francia. Es verdad que algunos de ellos han

es su conducta posterior al convenio de Vergara, y esta demuestra del modo mas concluyente que aquellas provincias deseaban con ardor la paz, siempre que no la adquiriesen por medios degradantes.

vuelto posteriormente á sus casas, pero su regreso ¿será ventajoso para la conservacion de la paz? Solo el tiempo nos lo podrá decir.

¿Cuáles son: pues, las personas que actualmente residen en Guipúzcoa, que aprueban el tratado de Vergara? Los emigrados cristinos que hallándose ausentes de sus casas mucho tiempo hacía, han podido volver á ellas á consecuencia del convenio; pero el pueblo en general, está inquieto y descontento. Los vascongados no olvidarán jamás que han sido vendidos como esclavos (\*). No ha sido la suerte de las armas la que se ha declarado contra ellos; se les ha vencido por traicion, y se les ha herido, no solo en sus opiniones, sino en su orgullo,

---

(\*) El autor calumnia aquí á las provincias vascongadas y á toda la nacion española. A las primeras porque su conducta pacífica, su obediencia á las autoridades, y su sincera reconciliacion con los que habian seguido un partido opuesto, prueba que las poblaciones no están inquietas ni descontentas; á la segunda porque lejos de haber comprado como esclavos á los habitantes de las provincias vascongadas, no solo los ha recibido como hermanos con los brazos abiertos, admitiéndoles á la participacion de todos los derechos que disfrutaban los demas españoles, sino que no habiendo ellos estipulado espresamente en el convenio de Vergara la conservacion de los fueros, se los ha concedido íntegramente, y ha llevado la generosidad hasta el punto de permitirles la instalacion de diputaciones forales, cosa que puede muy bien ponerse en duda que esté en armonia con el régimen de la Constitucion. Todo el resto del párrafo es igualmente una impos-  
tura.

pues se consideran humillados al pensar que se quiere persuadir al mundo entero que han luchado durante seis años y hecho los mayores sacrificios únicamente por la defensa de sus fueros. Los vascongados han peleado en defensa de sus opiniones, pero no por la de algunos intereses materiales.

Iguales observaciones pueden hacerse respecto á Vizcaya, cuya diputacion, lo mismo que la de Guipúzcoa, ha salido de la provincia, y se ha refugiado en Francia. En cuanto á Navarra y Alava, soldados y pueblo han permanecido fieles á su monarca hasta el último momento.

Los que han levantado la voz con mayor fuerza desde el principio de la guerra, en favor de los fueros, han sido los cristinos, y así es que de San Sebastian, de Bilbao, de Pampuña y de otras ciudades, han enviado representaciones enérgicas al gobierno de Madrid y á las Cortes, protestando contra todo lo que pudiese atacar á aquel código sagrado. Sin embargo, esos mismos hombres, por una inconsecuencia de que ha dado muchas muestras la nueva escuela, han elegido diputados para las Cortes, han reconocido aquel cuerpo legislativo, y sancionado de antemano todos sus actos. Los cristinos de las provincias son ó no negociantes ó propietarios, y su oposicion era completamente interesada, pues los primeros tenian las aduanas, y los segundos la pérdida de su influjo personal.

La conducta de los carlistas de las mismas provincias ha sido bien diferente, pues por sostener á un príncipe que creían debería hacer la felicidad de España, dejando á un lado cualquiera sentimiento de egoísmo, han hecho los mayores sacrificios con una constancia que no les podía inspirar sino el convencimiento de la justicia de la causa que defendían.

Los vascos han sido vendidos, pero permanece intacto el honor de la mayoría de aquel heroico pueblo.



NOTAS.

(1) En el mes de marzo de 1838 con una división compuesta de batallones castellanos y 500 caballos, y el general Merino, romancero general de las Castillas, acompañaba con dos escuadras de caballería, á la batalla de Alcañices, y se le ordenó de dirigir la marcha de sus tropas hacia las

(2) En el mes de marzo de 1838 con una división compuesta de batallones castellanos y 500 caballos, y el general Merino, romancero general de las Castillas, acompañaba con dos escuadras de caballería, á la batalla de Alcañices, y se le ordenó de dirigir la marcha de sus tropas hacia las